

JUAN TORRES ZALBA

# NUMANTIA

La ira de los Escipiones

la esfera  de los libros

## Preludio

*Numantia. La ira de los Escipiones* es la continuación de *El primer senador de Roma* y de un periodo formidable que, de la mano de las más grandes figuras históricas, rebosa epopeya, batallas, violencia, traiciones e intrigas encarnizadas en una Roma que ve cómo sus viejos y férreos valores republicanos comienzan a derrumbarse.

Corre el año 146 a.C. cuando Escipión Emiliano, después de tres años de asedio, supera las últimas defensas de Cartago y abate por siempre el poderío cartaginés. Sin embargo, el regreso a Roma para celebrar su triunfo no es el esperado, desatándose las ansias de popularidad y ambición del resto de las familias y facciones senatoriales, embarcadas todas ellas en una incansable lucha por el poder en la que nada ni nadie se respeta.

Entretanto, el centro de operaciones militares se traslada a Hispania, donde el rebelde lusitano Viriato humilla a las legiones y donde se elevan los enormes fuegos de la rebelión celtíbera y de la extraordinaria y épica resistencia de una ciudad irrepetible, Numantia.

Es también el tiempo de Tiberio Sempronio Graco, nieto de Escipión Africano e hijo de Cornelia, matrona ejemplar y mujer fuera de lo común. El joven Graco abanderará una conflictiva reforma que sacudirá los cimientos del Senado y de la República misma, que iniciará el camino hacia su propia destrucción.

# Personajes principales

## Escipión Africano

Publio Cornelio Escipión Emiliano

Su esposa Sempronia (hermana de los Graco)

## Sempronio Graco

Tiberio Sempronio Graco (el Joven)

Cayo Sempronio Graco

Sempronia

Cornelia Africana (*minor*), hija de Escipión Africano y madre de los tres anteriores

## Claudio Pulcro

Apio Claudio Pulcro

Antistia, su esposa y madre de:

Apio Claudio Pulcro, hijo

Claudia la Vestal

Claudia *secunda* (Claudilla)

## Fabio Máximo

Quinto Fabio Máximo Emiliano (hermano de Escipión Emiliano)

Quinto Fabio Máximo Emiliano hijo (Quintillo)

Quinto Fabio Máximo Serviliano (hermano adoptivo del primero)

## Escipión Nasica

Publio Cornelio Escipión Nasica Córculo  
Cornelia Africana (*maior*), su esposa y madre de:  
Publio Cornelio Escipión Nasica Serapión

## Lelio

Cayo Lelio (amigo personal de Emiliano y de su hermano Fabio)

## Metelo Macedónico

Quinto Cecilio Metelo Macedónico  
Atilia, su esposa y madre de siete hijos

## Cepión

Quinto Servilio Cepión (hermano natural de Serviliano)

## Pompeyo

Quinto Pompeyo

## Amigos de Tiberio Sempronio Graco

Marco Octavio	Cayo Fannio Estrabón
Blosio de Cumas	Marco Fulvio Flaco

## Aliados de Apio Claudio Pulcro

Servio Sulpicio Galba	Quinto Fulvio Nobilior
Cayo Hostilio Mancino	

## Occio

Quinto Occio Aquiles (legado en las campañas hispanas)

## Lusitanos

Viriato  
Ditalcón, Audax y Minuro (hombres de confianza y mando)

## Numantinos

Avaro	Megaravico
Retógenes	

Año 146 a.C.

EN EL CONSULADO  
DE CNEO CORNELIO  
LÉNTULO Y LUCIO  
MUMIO ACAICO

# El último día de Cartago

*Templo de Eshmún, 14 de abril*

Cartago moría.

Las enormes puertas del templo de Eshmún se abrieron violentamente, de par de par, sacudidas por la desesperación de la vida que se extingue. Y de las entrañas del hogar del dios púnico de la curación, en la cima de la ciudadela, como un torrente de odio, como un vómito de sangre, emergieron doscientos defensores a la carrera cual aparatosa compañía de elefantes de combate enloquecidos.

Pese a su agotamiento, los cartagineses brincaron por encima de la barricada que protegía la entrada del templo, la sobrepasaron entre gritos y juramentos y se abalanzaron sobre los dos manípulos legionarios que avanzaban en formación cerrada, escudos por delante, para proteger un pequeño ariete.

El impacto de los dos grupos sonó hueco y metálico, amplificándose los ecos de las armas y de los aullidos a lo largo de los pórticos laterales que antecedían la gran capilla de Eshmún.

La plaza entera estaba devastada, como si el suelo quisiera agrietarse y levantarse bajo cascotes, maderas astilladas, parapetos, fuegos, humaredas y cadáveres. El Averno mismo había sido llamado a aquel lugar, y los últimos defensores de Cartago, como almas abandonadas, sitiados sin esperanza en la ciudadela, en el último reducto de libertad, conscientes de que solo les quedaba morir, cargaban, acuchillaban, asesinaban, mordían y golpeaban como seres sobrenaturales sedientos de carne y venganza. Ni esperaban piedad de Roma ni estaban dispuestos a tenerla con Roma. Cartago moría con ellos, pero lo hacía con la más terrible furia.

Los legionarios soportaron la embestida por poco tiempo. El deseo de matar de los defensores era superior a su disciplina y a su número. Se abrió una grieta entre el muro de escudos romanos y los prófugos penetraron como lava ardiente. Se hizo el caos. Algunos legionarios ofrecieron la espalda. Otros cayeron al suelo. Los menos mantuvieron su posición. Los púnicos mataban en estado de trance. Volaron miembros humanos, eran seccionadas las plumas negras de los yelmos legionarios, se partieron las cotas de malla, chocaron las espadas y la sangre decidió colorear las baldosas.

Los defensores, enzarzados en la lucha, no oyeron cómo crecía a su alrededor el sonido del característico repiqueteo de las botas legionarias. Tres manípulos de refuerzo llegaron en formación y rodearon a los últimos sitiados de Cartago.

Los cartagineses sintieron el lacerante hierro de las espadas en cuellos y espaldas. Estaban perdidos, pero aunaron sus esfuerzos. Luciendo sonrisas de dementes, emprendieron su frenético impulso como si la derrota fuera imposible o morir, el mayor de los deleites.

Asdrúbal el Beotarca, el último gran cabecilla político y militar de Cartago, se asomó a la azotea del templo, de estilo fenicio, atraído por los bramidos del combate.

Un dardo pasó silbando junto a su oreja, adornada con pendientes dorados que con sus escandalosos brillos actuaban como reclamo. Sin tiempo a la reacción, pasó otro dardo pero, por suerte, y de esta no le faltaba, tuvo a bien ir a hincarse en el cuello de uno de los defensores que, como él, se había asomado a la terraza. El herido rugió en un poco vistoso gorgoteo antes de desplomarse. Asdrúbal, según su estilo grandilocuente y teatrero, lo miró con una mezcla de asco, miedo y compasión, en menor medida esta última. Después se giró de nuevo hacia la plaza, donde los hombres que habían salido en tropel eran exterminados.

Una nueva jabalina pasó volando cerca de su brazo derecho. O se marchaba de allí o acabaría ensartado como un miserable jabalí en una cacería, lo que no se acomodaba, desde luego, a sus planes.

Descendió al piso bajo tan rápido como sus profusas carnes se lo permitieron —el asedio no le había privado de su obesidad—, yendo a desembocar en una portezuela lateral situada justo al lado de las grandes puertas del templo. La luz iluminaba la sala central, dejando

ver al trasluz las partículas de polvo que penetraban propulsadas desde el exterior.

Una voz ronca y angustiosa ordenó entonces que los grandes portones fueran cerrados. O lo hacían o accederían los manípulos legionarios. Los sitiados que habían irrumpido en la plaza no eran ya más que dos o tres grupúsculos rodeados por completo. Eran ahora los romanos los que mataban sin humanidad.

Después de cerrarse las enormes y gruesas puertas reforzadas con barras de hierro se hizo un extraño y pesado silencio. Los ecos del combate se colaban amortiguados y suaves, y solo se oía el jadeo de la treintena de defensores que custodiaban el templo puertas adentro. Dejando caer espadas y escudos, apoyaron sus manos en las rodillas para inspirar grandes bocanadas de aire, mirándose unos a otros con cara de pánico.

Asdrúbal, oculto en las sombras de la oscuridad, no movió ni un pelo, pero uno de los hombres, el que había ordenado el cierre del templo, lo vio, y se le quedó mirando como el león que ha olido a su presa. Asdrúbal se sintió como un cervatillo indefenso, y habría echado a correr si no hubiera notado la punta de una espada presionando su prominente barriga. Para su desgracia, otro de los defensores también le había visto.

—Mirad a quién tenemos aquí, al gran Beotarca de Cartago —canturreó el soldado con lascivia.

El resto de los hombres le miraron con ojos de depredador.

Su relación con ellos se había mantenido en un precario equilibrio durante los últimos días. Él era un aristócrata, un militar y un hombre rico que había decidido por orgullo y dignidad permanecer en el último reducto de la ciudad en lugar de entregarse a los romanos.

Ellos, por el contrario, los últimos de Cartago, casi todos desertores y prófugos del ejército romano, eran unos pordioseros, hombres sin futuro y sin opciones que se arrastraban por el barro. Estaban juntos por conveniencia, pero, llegado el final, bien podía ser descuartizado por puro placer por aquellas bestias.

—Yo no soy el enemigo. Yo soy el hombre que ha decidido morir con vosotros, desgraciados —se defendió, altivo y presuntuoso, que era lo que mejor sabía hacer.



La estratagema, no obstante, no fue la acertada. El desertor sonrió como una hiena, dejando enseñar unos dientes sarrosos.

—¿Habéis visto cómo le cuelga el pellejo del cuello? Parecen los huevos hinchados de un caballo —porfió sarcástico.

—¿Y si lo tiramos desde la azotea? Con lo gordo que está rebotará como una pelota —propuso otro defensor con ganas de divertirse.

—Metámosle antes un dardo por su culo seboso y lleno de granos —insinuó otro más.

—Yo se lo metería también por la garganta —añadió un cuarto.

—¡Pues hagámoslo todo! —graznó en una risotada el que le amenazaba con la punta de la espada.

Asdrúbal, con los brazos en alto, repasó las caras de los hombres que le rodeaban, unos desarrapados mucho más peligrosos que los legionarios que trataban de asaltar el templo. Ya no merecía la pena tener orgullo ni decencia. Debía escapar de allí, como fuera.

—Yo no soy el enemigo —reiteró de modo muy pausado—. Dejadme en paz y defended este templo, os lo ordeno —exigió con las pocas trazas de dignidad que le quedaban.

El hombre de la voz ronca se le acercó muy despacio, desafiante.

—Deberíamos trocearte aquí mismo, escoria púnica, asqueroso *guga*, gordo seboso... —El desertor, sin embargo, no pudo continuar con su esmerada retahíla de epítetos. Un formidable golpe en las puertas del templo los sobresaltó a todos. Los portones temblaron y chirriaron, pero aguantaron el empuje exterior.

—¡A la azotea, rápido, a la azotea! —rugió el desertor de la voz ronca—. ¡Vamos a cagarnos sobre las cabezas de esos hijos de perra! —gritó con los ojos saliéndosele de las órbitas.

Todos echaron a correr, y también Asdrúbal, pero él, oportunamente, como una rata sigilosa, en dirección opuesta, al interior del templo, hacia la capilla donde se levantaba la efigie del dios Eshmún. Todavía tenía una oportunidad.

Sudoroso y sin respiración, entró en la capilla de modo apresurado. Escrutó en la oscuridad de la *cella*, apenas iluminada por una tenue lucerna, y entonces la vio, a ella, como una poderosa sombra, hierática, de espaldas a él, engalanada con sus mejores ropas y joyas, peligrosamente absorta en la figura dorada del dios.

—Salambó —suplicó Asdrúbal en un temeroso murmullo. Su esposa no contestó ni se movió—. Salambó —insistió. Tampoco reaccionó—. Me voy, Salambó, y me llevo a nuestros hijos —dijo en un tercer intento.

Su esposa, sin girarse, emitió un gruñido gutural antes de hablar.

—Tú no te vas a ninguna parte, y nuestros dos hijos tampoco —farfulló amenazante, como si hubiese hablado el mismísimo dios.

—Haré lo que me venga en gana —replicó Asdrúbal.

—No te irás.

—¿Dónde están nuestros hijos? —demandó Asdrúbal con impaciencia. Los golpetazos sobre las puertas del templo sonaban cada vez más potentes.

—No —repuso Salambó, inmóvil.

—¿Dónde están nuestros dos hijos? ¡Son pequeños, tendrán miedo! —reiteró Asdrúbal con angustia. Su hijo mayor solo tenía diez años, y ocho el pequeño.

—No te los llevarás —musitó Salambó en estado de trance.

—¡Pues que Eshmún te consuma en su fuego, maldita mujer, púdrete, yo me voy! —escupió Asdrúbal, echando a correr de nuevo.

—Tú lo has dicho, esposo, que nos consuma el fuego —oyó que susurraba Salambó, pero no le hizo caso, continuando su carrera. Su poderosa esposa, una verdadera fuerza de la naturaleza que bien podría resistir ella sola el asedio, había ido perdiendo la cabeza a lo largo de las últimas semanas. Estaba ya irremediabilmente loca de remate.

Atravesando pasillos y salas tanto como sus piernas y tripa se lo permitieron, tomó de un altar unas ramas de olivo y se encaminó al ala este del templo, allí donde partía un acceso que se dirigía a uno de los pórticos laterales de la gran plaza exterior.

Resollaba como un cerdo en un día de bochorno, pero nada le impidió percibir que alguien le seguía. Tal vez fuese Salambó, o tal vez sus hijos, o alguno de aquellos desertores hijos de perra que ansiaban rajarle el cuello antes de que lo hiciera un romano.

Fuese quien fuese, oír los pasos le producía una enorme ansiedad, por lo que paró en seco, giró en redondo, desenvainó su puñal y esperó.

Los pasos cesaron, pero adivinó entre la oscuridad que una sombra le observaba.

—¿Beotarca? —barbotó la sombra.

Asdrúbal aguzó la vista y los oídos. Conocía esa voz.

—¿Bitia? —preguntó sorprendido.

Su recio lugarteniente, hasta hacía unas horas un hombre enérgico y valiente, emergió de la penumbra como un conejillo.

—¡Los desertores me quieren linchar vivo! —exclamó espantado.

—Pues sígueme —contestó Asdrúbal, echando a correr de nuevo.

—¿A dónde? —preguntó un desvalido Bitia.

—¿A dónde si no? A entregarnos a los romanos, ¡idiota!

Los dos hombres recorrieron un largo pasillo interior hasta dar con el portillo secreto que se abría al exterior. Asdrúbal, con la lengua entre sus labios, describió la trampilla. Un halo de luz los deslumbró un instante. Después, salieron a los porches porticados, Bitia con agilidad, Asdrúbal con esfuerzo porque casi no cabía por la portezuela. Dieron unos pasos más con las ramas de olivo en alto y emergieron a uno de los laterales de la gran plaza, a la vista de todos, allí donde se vivían los últimos y despiadados enfrentamientos por la toma de Cartago.

Todo sucedió con extrema rapidez, o al menos así lo vivió Asdrúbal. En cuanto fueron vistos, un manípulo entero de legionarios se agitó como un enjambre de avispas nerviosas. Fueron golpeados, empujados y escupidos hasta que apareció dando gritos un centurión de piernas peludas amenazando a todo aquel que les tocara. Conducidos de malas maneras hasta la mitad de la plaza, los separaron de Bitia y él fue arrojado a los pies de un hombre de complexión pequeña, pero de panoplia y autoridad majestuosa.

—Siéntate a mis pies —oyó que le ordenaba el romano, y él, que lo conocía bien, se postró y se abrazó a sus rodillas. Bien valía la pena mostrarse sumiso y servil ante el todopoderoso Publio Cornelio Escipión Emiliano, conquistador de Cartago, si quería salir vivo de allí.

—Que cese el ataque —oyó que exigía Emiliano, que no movió un músculo para desembarazarse del degradante abrazo de rendición.

Después, todo discurrió para él incluso a mayor celeridad. Emiliano pronunció en alto unas palabras despectivas para humillarlo ante todos, los desertores asomados a la azotea del templo de Eshmún

lo insultaron hasta quedarse roncós y, de pronto, sintiendo que el mundo se le venía encima, volvió a verla, a ella, a su esposa Salambó, pero esta vez elevada sobre la azotea, con aspecto de monstruo, aferrando a sus dos hijos pequeños cuyas delgadas e infantiles siluetas se dibujaban en las llamas que comenzaban a devastar el templo. Y no sintió nada más. No podía. Llegaron a sus oídos las maldiciones de su esposa y su desprecio, y en el momento en el que levantó la cabeza, Salambó degolló a sus dos hijos y se arrojó al fuego con ellos.

Tirado sobre el pavimento, incapaz de reaccionar, varios legionarios lo levantaron y entre empellones lo condujeron calle abajo por la derruida colina de Birsa hasta llegar al ágora de la ciudad.

Allí lo arrojaron a una celda, y se hizo de noche, y de nuevo de día, y otra vez de noche.

Fue entonces cuando dos legionarios entraron en la prisión para ofrecerle un plato de gachas y una vasija de agua. Al ir a coger la comida, uno de los soldados la dejó caer al suelo. Asdrúbal, hambriento y sediento, trató de recogerla, pero al hacerlo el mismo legionario le propinó una patada en el estómago. Y en el suelo, boca arriba, el otro soldado le derramó el agua en la cara.

—Para que bebas como te mereces, asqueroso *guga* —farfulló uno de los romanos con el odio dibujado en el rostro.

Asdrúbal creía ya morir cuando por el rabillo del ojo vio que entraba un tercer hombre, un joven, posiblemente un tribuno militar a la vista de su panoplia, dando voces y abroncando a los dos legionarios al tiempo que les sacudía en la cabeza. Los soldados salieron corriendo con el rabo entre las piernas mientras el joven no paraba de recriminarles.

—Son solo unos chiquillos con demasiado rencor en sus venas —aprovechó para decir Asdrúbal, incorporándose dolorido y yéndose a apoyar en un banco de piedra adosado al cuchitril.

—Ordenaré que te traigan de nuevo comida y agua —dijo el joven, ahora lleno de amable serenidad.

—Te lo agradezco —contestó Asdrúbal.

El joven asintió marcialmente y ya se marchaba cuando el Beotarca lo llamó.

—¡Espera! —le dijo—. Espera —insistió. El muchacho se volvió. Asdrúbal lo miró directamente a los ojos. Ansiaba desahogarse—.

Escúchame, sí, escúchame. Sé que me despreciáis, lo sé —gimió teatrero y grotesco como solo él sabía hacerlo—. Yo torturé y lancé de la muralla a doscientos prisioneros romanos. Yo soy responsable de las mayores atrocidades que hayáis conocido. Y yo me he rendido sin honor, permitiendo que mi esposa degollara a mis dos hijos... —balbució, bajando el rostro—. ¿Por qué me has ayudado? ¿Por qué lo has hecho? Deberíais lanzarme a los perros —dijo con rabia y gesto de tragedia, dicho lo cual se quedó mirando al joven, como si aquello fuese un diálogo de una tragedia griega.

El muchacho, en cambio, lo miró sin inmutarse.

—Simplemente, es mi deber —contestó parcamente.

—¡Ay, el deber! —clamó Asdrúbal, llevándose la mano a la frente—. ¡Es el deber lo que me ha conducido hasta aquí y a lloriquear indefenso frente a un joven que apenas tendrá veinte años! ¡Qué paradoja! —exclamó sobreactuado.

—Quien cumple su deber duerme tranquilo —aseveró el joven.

Asdrúbal levantó una ceja, sorprendido por aquella contestación. Su teatralidad se estaba encontrando con un muro infranqueable, con un compañero de escena sobrio y escueto.

—Sí... es posible... el deber... —susurró al fin—. Tal vez sea esta la diferencia entre Cartago y Roma —siguió murmurando desde el suelo—. Unos, los míos, envidiosos y traicioneros con los suyos propios, y otros, los romanos, duros como el hierro e incansables como el viento... ¡Ay del deber! —declamó sin saber discernir si estaba perdiendo el juicio.

El muchacho se mantuvo impassible.

—Te traeré más comida y agua —repitió.

Asdrúbal dejó escapar un pequeño carcajeo.

—Nada merezco.

—Lo que merezcas no es decisión tuya.

—Veo que efectivamente conoces bien tu deber —ironizó Asdrúbal.

—Lo conozco —se limitó a decir el romano.

Asdrúbal enarcó de nuevo la ceja. Definitivamente, aquel joven de mirada limpia tenía algo especial. Lástima no haberlo conocido antes.

—Dime al menos cómo te llamas para que pueda invocar tu nombre en el caso de que me vuelven a echar la comida a la cara —pidió.

—Di que soy Graco —respondió el joven.

Asdrúbal abrió los ojos como platos, abandonando toda pose teatral.

—¿Graco? ¿Tiberio Sempronio Graco? —barbulló aturcido—. ¿El nieto de Escipión Africano? —preguntó, aunque sin esperar respuesta. Era él sin duda.

—Te traeré más comida y agua —repitió Tiberio.

Asdrúbal rio por lo bajo. Sin desmerecer a Escipión Emiliano, no cabía duda de que la sombra y genio de Escipión Africano era alargada, aunque aquel muchacho que tenía delante y que le seguía mirando como si tal cosa no parecía poseer el insoportable orgullo y soberbia de los Escipiones. Había algo distinto en él. Tal vez fuese la sangre de los Graco.

—Pareces obstinado —le dijo con curiosidad.

—No es la primera vez que me lo dicen.

—Pues te espera sin duda un gran futuro.

Tiberio se quedó pensativo un instante, no mucho.

—Te traeré comida y agua —repuso al fin, marchándose.

—¡Gracias, joven Graco! —gritó Asdrúbal sin poder evitar una amarga sonrisa. Ahí radicaba precisamente la diferencia entre Roma y Cartago. Roma paría Escipiones, uno tras otro. Cartago solo había parido un Aníbal Barca.

—*Carthago delenda est* —murmuró mordaz y con mirada de loco antes de lanzar una grotesca carcajada.

# El anuncio de la victoria

*Roma, finales de abril*

Aquella mañana Apio Claudio Pulcro se abrió paso entre la inmensa multitud reunida en el foro como si fuera el mismísimo Júpiter caminando entre los mortales, con la voluntad divina de que nadie le mirase y el deseo mundano de que todo el mundo lo hiciera.

Era el pretor urbano, pero no uno cualquiera, no uno de los elegidos cada año para impartir justicia entre los ciudadanos romanos o presidir las sesiones senatoriales en ausencia de los cónsules. Él era un Claudio patricio, un ser magnífico de grandiosa familia que confería prestigio a la magistratura, y no a la inversa.

Por ello, Roma entera debía rendirse con naturalidad a su colosal magnificencia y alcurnia, de tal guisa que resultaba de lo más oportuno lucir sus seis lictores y la esmerada toga *praetexta* con su carísimo borde purpúreo.

Por lo demás, sus cabellos dorados al aire, sus refulgentes ojos azules glaciar alpino, la energía de sus treinta y nueve años, la armonía de su rostro y su gigantesco linaje eran motivo más que suficiente para que todo debiera paralizarse con solo sentir su aliento.

Por estas sencillas razones respiró vanidoso cuando, al pasar junto a un abarrotado templo de Castor y Pólux, los vendedores de esclavos cesaron en sus bravatas para no importunar sus patricios tímpanos.

Poco más adelante, cerca de la basílica Sempronias, sonrió con suficiencia cuando decenas de cambistas se refugiaron apresuradamente en sus tiendas adornadas con viejos escudos samnitas para

que el tintineo metálico de los millones de denarios que inundaban la ciudad con ocasión de las lucrativas conquistas no alterara su temple.

Ya en el lago Curcio arqueó despectivamente una ceja cuando unos extravagantes astrólogos orientales con el pelo rapado de no se sabía qué creencia lejana silenciaron sus tonterías místicas para contemplar su pomposo avance.

Finalmente, en la bocana del *comitium*, saludó con un imperceptible gesto a un pequeño grupo de colegas senatoriales y rio artificioosamente al advertir que unos mocosos que jugaban a los dados sobre las losas caían unos sobre otros para no ser arrollados por el galope de su escolta, no sin llevarse los oportunos topetazos de un lictor con ganas de airear su haz de varas.

Superados los *rostra*, la conocida plataforma de los discursos de los oradores, Apio Claudio, ahora en completa y solemne seriedad, enfiló con decisión la basílica Porcia. Justo delante de sus puertas de bronce aminoró su carrera y subió a la tribuna del pretor, apenas un pequeño estrado de madera de dos palmos de alto desde el que administraba diariamente justicia entre los ciudadanos romanos.

Allí, elevado sobre un mar de cabezas, se ajustó cuidadosamente los caprichosos pliegues de la toga, y cuando se vio lo suficientemente digno levantó la vista para comenzar el primer proceso judicial del día. Él se encargaba de abrir los casos. El fallo final dependía del juez, elegido de entre una lista de senadores.

Para su estupor, aquel que le asesoraba en cuestiones judiciales, el joven Publio Mucio Escévola, hacía auténticos esfuerzos para que no se le escapara estrepitosamente la risa floja.

—¿Qué pasa si puede saberse? —bufó iracundo.

Escévola cabeceó aparatosamente, agitando las manos.

—No ocurre nada, por todos los dioses, nada, solo me ha divertido cómo tu lictor golpeaba a los niños —mintió con todo descaro y sobreponiéndose al incontenible deseo de echarse a reír. El modo de pavonearse de Apio Claudio en el ejercicio de su magistratura era lo más parecido a una exagerada representación teatral de cualquier comedia de Plauto.

Claudio, empero, gruñó como un perro desconfiado.

—Colócate detrás de mí —porfió con cara de pocos amigos.



Escévola fue a situarse a su espalda, pero sin darse demasiada prisa. Apio resopló paciente, pero no tenía más opción que aguantarlo. Necesitaba desesperadamente un jurista que le aconsejara en su labor judicial, pero era exigente en sus gustos. El jurisconsulto tenía que ser prestigioso, noble y que no fuera Manilio o Nasica Córculo, ambos escipiónicos, es decir, enemigos a muerte. Los Mucio Escévolas, sin embargo, cumplían todas sus exigentes condiciones, y entre ellos el joven Publio, una *rara avis* a la que debía tolerar sus risas a destiempo. O le asesoraba él en leyes, acciones, garantías y procesos o no lo haría nadie.

Resignado, Apio Claudio siguió con mirada impaciente el desesperante deambular de Escévola. Cuando al fin lo sintió en su codo, se sentó con toda pompa en su silla, con una pierna más adelantada que la otra, y levantó una mano con el dedo índice extendido.

—Que se acerquen las partes —instó autoritario.

Dos campesinos dieron un paso al frente. Entre ellos caminaba un esclavo de manos callosas.

—Hablad ante el pretor —les autorizó.

Uno de los aldeanos asintió y, aferrando una vara, apuntó con ella hacia el otro campesino.

—Yo te invoco en derecho, Sexto Escápula, y afirmo que este hombre me pertenece por derecho quirritario según su condición, como ya he dicho. En prueba de ello te he tocado con esta vara —pronunció formalmente al tiempo que dejaba de amenazar a su contrincente y tocaba al esclavo con la varilla.

El demandado, portando otra vara, dio también un paso al frente.

—Y yo, Décimo Porpeyo, afirmo que este hombre me pertenece por derecho quirritario según su condición, como ya he dicho. En prueba de ello te he tocado con esta vara —afirmó con igual formalidad, posando la varilla sobre los hombros del siervo.

Cumplido este imperecedero formalismo procesal, Escápula y Porpeyo sujetaron al esclavo por los brazos y comenzaron a forcejear como si cada uno de ellos quisiera llevárselo del lugar. Claudio, con gesto malicioso, se inclinó ligeramente hacia delante, lleno de expectación, deseando que aquella fingida lucha terminase en abierta pelea para deleite de todos los presentes.

Escévola le había sermoneado en incontables ocasiones que las venerables leyes recogidas en las Doce Tablas exigían de los contrincantes semejante representación como símbolo de una antigua violencia ya pasada. Sucedió que, a veces, los ciudadanos olvidaban que aquello era una simple costumbre jurídica y se liaban a mamporros, algo que era realmente divertido, para no pasarse toda la mañana escuchando aburridísimos problemas de esclavos, herencias, vacas robadas y viñas arrancadas, lo que le importaba bien poco.

Una pelea era lo que ansiaba. Mejor aún. Una pelea en la que se involucraran tumultuosamente los familiares y clientes de las partes litigiosas, como había sucedido días atrás cuando el demandante le había llamado cornudo al demandado.

Sin embargo, para su desilusión, comprendió rápidamente que en aquel juicio no habría regodeo. Los campesinos contrincantes eran unos sosos timoratos que le miraban espantados, implorándole con ojos de trucha que pusiera fin al antiquísimo ritual.

—Soltad ambos al esclavo —masculló para alivio de los aldeanos, que soltaron la cosa litigiosa como si tuviera lepra.

Apio Claudio arrugó el entrecejo, se giró hacia Escévola para que le confirmara que las primeras palabras de los contrincantes se habían declamado de la precisa y estúpida forma exigida por las Doce Tablas. Este se lo ratificó discretamente y se volvía de nuevo a los litigantes cuando, de pronto, advirtió que, en el foro, a unos cincuenta pasos, unos hombres pasaban a la carrera de forma llamativamente acelerada, abriéndose paso entre la multitud con sonoras voces. No parecían huir, sino que simplemente corrían y saltaban desafortunadamente en dirección al *vicus Tuscus*, la calle que desde el foro descendía al Tíber.

Claudio no fue el único que los vio. Los pleiteadores y el resto de los asistentes giraron también sus cuellos al oír, no ya unos gritos aislados, sino un creciente rugido engordado por cientos de espontáneos que, arremolinándose, también echaban a correr.

—¿Sabes qué ocurre? —le preguntó Claudio a Escévola.

—No tengo la menor idea —contestó este.

El barullo y los remolinos iban a más. Ahora una masa de ciudadanos se abalanzaba en dirección el *vicus Tuscus*, como si quisieran ver algo, y los aullidos eran cada vez más fuertes, no de alarma, sino

de alegría, provocando que de los templos, basílicas y tiendas aparecieran individuos que nutrían la turba.

—No me gusta —bufó Claudio.

—Estoy tan despistado como tú —reconoció Escévola con el cuello estirado para ver más lejos.

—Voy a acercarme —afirmó Claudio resolutivo, pero no tuvo tiempo ni de moverse. La algarada humana cambió súbitamente de dirección, dirigiéndose ahora por la vía Sacra hacia el templo de Vesta al tiempo que se coreaba un grito al unísono.

—¿Qué dicen? —inquirió Claudio, arrugando el entrecejo.

—Escipión Emiliano, creo que gritan Escipión Emiliano.

Claudio sintió que se le vaciaba el vientre.

—¿Y ese hombre no es Cayo Lelio? —añadió entonces Escévola, señalando a un personaje que prácticamente era llevado en volandas.

Claudio aguzó su mirada felina, comprobando que, en efecto, Cayo Lelio, el incombustible y fiel amigo de Escipión Emiliano, estaba en Roma. Y aquello solo podía significar una cosa, algo que le resultaba del todo insoportable e insufrible, que el ser al que más odiaba en el orbe entero, Escipión Emiliano, había tomado Cartago.

—¡Me voy! ¡No estoy dispuesto a ver esto! —aulló de pronto, fuera de sí, al tiempo que bajaba del estrado, quitaba de en medio a los despavoridos litigantes y se encaminaba hacia el *Argiletum*.

Escévola se quedó tan pasmado como divertido, viendo con cara de mayúscula sorpresa cómo Apio Claudio se alejaba a grandes pasos y con exagerados aspavientos. Era público y notorio que Claudio no soportaba a Emiliano, y por pura envidia, pues su máxima en vida era superarlo, pero una cosa era odiar a un rival y discrepar de sus métodos y otra salir por piernas de forma tan ridícula.

—¿Qué haces ahí parado? ¡Sígueme! ¡No me dejes solo! —oyó que le increpaba Claudio con el rostro encendido.

Escévola fue tras él. Claudio reinició entonces su huida, pero en apenas unos pasos detuvo de golpe su galope, tanto que Escévola chocó con él aparatosamente. Furioso, Apio Claudio le clavó su mirada gélida.

—¿Sabes qué te digo? —rugió con la barbilla bien alta.

—Pues no —se limitó a responder Escévola.

—Pues que no me voy. Que me quedo. No pienso interrumpir mis funciones por una ridícula victoria de un mequetrefe, de un meo, de un desleal, de un engreído y de un calvo —declaró muy digno, dicho lo cual retrocedió sobre sus pasos, subió al estrado y llamó a un escriba—. Busca a los litigantes y tráelos aquí. El proceso no ha terminado —le ordenó.

Y el escriba corrió en busca de los campesinos mientras Escévola, colocándose detrás de Claudio, no paraba de desternillarse en su fuero interno. El arrogante Apio Claudio Pulcro, al que extrañamente estaba cogiendo estima, era incorregible y conforme pasaban los años una imitación de sí mismo. Si el comediante Plauto lo hubiera conocido...



Cornelia Africana, concentrada en la lectura del tratado de política de Aristóteles, no movió ni un músculo cuando el peristilo porticado de su casa se llenó del vocerío que llegaba desde la calle. Recostada en un diván colocado estratégicamente para disfrutar de los rayos de sol de primera hora de la tarde, se limitó a desplazar sus globos oculares en busca de su hija Sempronía.

Esta, menos interesada en lecturas tan densas, carente del innato don de la elegancia que sí tenía su madre, pegó un exagerado brinco y dejó caer al suelo la hermosa copia de *El arisco*, del griego Menandro, una comedia para ella hilarante y mucho más gratificante que los rollos sumamente aburridos que leía su madre.

Cornelia, al ver la reacción de su hija, entornó los ojos como solo ella sabía hacerlo e inspiró con fuerza, como si en el aire flotaran las dosis de paciencia necesarias para no caer en la más tediosa desesperación.

En verdad que su hija Sempronía, cumplidos los veintiún años, ya no era la niña caprichosa que en el pasado se había negado en rotundo a aceptar su matrimonio con Escipión Emiliano o que, una vez consentido, se había dedicado a estar tirada en divanes anhelando ridículas cartas de amor del hombre que se estaba convirtiendo *de facto* en el primer hombre de Roma. Su hija había comprendido por fin cuál era su posición, consciente de que el matrimonio podía traer

amor como no hacerlo, y que su misión era acompañar a su esposo allí donde fuese requerida, siempre con dignidad y boato, mostrándose como lo que era, la nieta de Escipión Africano, la hija de Tiberio Sempronio Graco el Viejo y la esposa de Escipión Emiliano.

Con todo, por mucho que su hija hubiera aceptado su destino, seguía exhibiendo de vez en cuando un temperamento tan infantil que le ponía de los nervios, lo que no era fácil en absoluto. Solo le ocurría con ella.

—¿No sabes estarte quieta? —le recriminó con gesto severo.

Sempronia estiró su largo y desarticulado cuello como un pajarillo nervioso que advierte una amenaza.

—¿Qué son esos gritos? —preguntó al tiempo que se incorporaba del diván como un resorte.

—Estate quieta, por favor.

—Es extraño...

—Son gritos de alegría. Nada de qué preocuparnos —insistió Cornelia, paciente, tratando de recuperar la lectura, lo que no iba a ser posible. La algarada era cada vez mayor y su hija se agitaba como una lagartija.

—Me estás poniendo nerviosa —la increpó.

—¡Delfia! —aulló de pronto Sempronia, con estridencia—. ¡Delfia! —chilló de nuevo. Ni rastro de su esclava de confianza—. ¡Delfia, ven aquí ahora mismo! —graznó chillona.

—Sempronia, por favor...

Y Delfia apareció por fin, con el rostro radiante, motivo más que suficiente para que Sempronia se pusiera en pie de un salto con sus enormes ojos ovalados abiertos como platos.

—¿Qué ocurre? —preguntó excitada.

La esclava, entrecortada, cogió aire antes de contestar.

—¡Cartago! ¡Cartago ha sido destruida! ¡Escipión Emiliano ha vencido! —explotó extasiada.

—¿Destruida? ¿Destruida hasta sus cimientos? ¿Cartago ya no existe? —inquirió Sempronia, loca de alegría, subiéndose encima del diván. Cornelia la miró horrorizada. Aquello se le iba de las manos.

—¡Sempronia!

Su hija la ignoró y para colmo de males también Delfia.

—¡Toda Roma ha salido a la calle! —exclamó la esclava—. ¡Todos celebran la victoria! ¡Venid, señoras, venid, vedlo con vuestros propios ojos! —urgió.

Sempronia se arremangó la túnica larga con muy poca clase y ya se disponía a salir corriendo cuando oyó una voz adusta, siempre contenida, que parecía provenir del mismísimo inframundo.

—Sempronia, espera —dijo su madre.

—Pero...

—Espera —reiteró Cornelia, inflexible. Después se dirigió a la esclava con una ceja ligeramente levantada—: Y dime, Delfia, ¿quién ha traído la noticia?

La sierva dio un paso atrás. Sabía interpretar que una ceja mínimamente arqueada de Cornelia Africana era un signo de distinción, pero también de peligro.

—El mismísimo Cayo Lelio a bordo de una nave adornada con los despojos de los cartagineses —explicó sumisa.

Cornelia asintió muy levemente.

—Bien, esperaremos aquí a Cayo Lelio. Puedes retirarte.

Delfia se escabulló al tiempo que Sempronia, llena de incredulidad, rotaba su cuello en dirección a su madre.

—¡Madre...!

—Sempronia —la interrumpió ella, levantando autoritaria una mano—. Vendrá, y nuestro deber es recibirle como es debido, en nuestra casa, no en la calle.

—¡Por favor! ¡Es una victoria! ¡Es la victoria de mi esposo!

—Con más razón.

—¿Y cómo sabes que Lelio vendrá? —ladró Sempronia.

—Lo sé.

—¡No lo sabes todo! —graznó sin dar su brazo a torcer.

Cornelia cerró los ojos muy despacio. Después los abrió con poderosa pausa. Su hija podía llegar a ser un castigo de los dioses.

—Vendrá —aseveró sin alterar lo más mínimo su voz.

Sempronia resopló como una vaca encabritada y se sentó de nuevo en el diván, farfullando por lo bajo con gesto desabrido, y mucho más cuando, poco después, macerada en su propia rabia, comprobó que quien llamaba a la puerta de la casa y se plantaba delante de sus narices era el mismísimo Cayo Lelio. Su madre era realmente odiosa.

Sin querer mirarla para no admitir su derrota, con una gran sonrisa, fue en busca del recién llegado, al que tenía gran cariño.

—Lelio, ¡las noticias te han precedido! ¿Ha sido una gran victoria? ¡Dinos, dinos! —le atosigó nerviosa.

—Cayo, estás magnífico y nos haces un gran honor, toma asiento con nosotras —le invitó Cornelia con mesura, tomando rápidamente el timón, lo que provocó que Sempronia refunfuñara notoriamente.

—¿He venido en mal momento? —se disculpó Cayo Lelio.

Cornelia le miró con afecto. Emiliano había sabido elegir el mensajero para anunciar el triunfo. Lelio no solo era su amigo más íntimo y leal, sino un hombre querido y respetado por todos, incluso por los adversarios políticos por su moderación y saber hacer.

—Oh, no, por nada del mundo —le dijo suavemente—. Justo le estaba diciendo a Sempronia que vendrías a esta casa —añadió malévola.

Lelio las miró divertido.

—Veo entonces que ya me esperabais, pero deberéis perdonarme, es una visita muy rápida —se excusó educadamente—. Solo he venido a anunciaros personalmente que Cartago ha sido completamente derrotada. Un día antes de los idus de abril las legiones expugnaron las últimas defensas del templo de Eshmún. Nuestro querido Escipión Emiliano quería que esta fuera la primera casa a quien trajera esta noticia...

Lelio no pudo continuar, pues Sempronia se le echó encima para abrazarle entre efusivas muestras de alegría.

—¡Que aún no he terminado! —rio mientras trataba de desembarazarse de Sempronia.

—Hija, por favor —la increpó Cornelia.

—También..., quería..., informaros... —continuó Lelio, intentando contener los saltitos de Sempronia—, de que Tiberio se encuentra bien —exhaló al fin.

—¡Por todos los dioses! —exclamó con alivio Cornelia, permitiéndose al fin una muestra de excitación al conocer las buenas nuevas de su hijo Tiberio Sempronio Graco.

—Iiiiiihhhh —gritaba entretanto la imparable Sempronia.

—Tienes un hermano extraordinario, le espera un gran futuro —reconoció Lelio sin parar de reír.

—¡Ganó la corona mural! ¡Fue el primero en poner un pie en lo alto de la muralla de Cartago! —recordó ingenuamente Sempronía.

—Es lo que esperábamos todos de él —intervino Cornelia.

—Por supuesto —se apresuró a confirmar Lelio—. Y ahora, señoras, debo irme, el Senado me espera.

—Ve entonces, no te entretenemos más... —dijo Cornelia, dejando la frase suspendida. Lelio la miró con curiosidad—. Y me alegro, Cayo, de que hayas sido el elegido para traer esta inolvidable noticia. Este año te presentarás a las elecciones a pretor y no tengo duda de que el pueblo te lo premiará —concluyó con una distinguida sonrisa que fue correspondida por Lelio.

—Gracias —se limitó a decir con discreción.

—Pero eso solo ocurrirá si contamos contigo los próximos días para cenar —le ofreció Cornelia en tono de broma.

Lelio sonrió agradecido.

—Será un placer, y así tendremos ocasión de debatir sobre la *Política* de Aristóteles —respondió al advertir que Cornelia aferraba el conocido rollo.

—Y también podremos hablar de *El arisco* de Menandro —se apresuró a reclamar Sempronía, necesitada de su cuota de atención.

Lelio miró sucesivamente a ambas mujeres sin poder disimular una sonrisa pícara.

—Política de una parte y comedia griega de otra, unas lecturas muy apropiadas a la vista de las lectoras —ironizó con toda malicia.

—Pues sí, sí que lo son —confirmó Cornelia, tomando aquella inteligente ironía con buen humor. A Lelio se lo permitía.

—Pero... —balbució él sin perder su picardía.

—Pero ¿qué? —le interpeló Cornelia, interesada.

—Aristóteles afirma que el varón es por naturaleza superior y la mujer inferior, de tal modo que uno domina y la otra es dominada.

Cornelia elevó el mentón, escrutando a Lelio con armonía.

—¿Crees que Aristóteles habría dicho tal cosa si me hubiera conocido? —inquirió desafiante.



Lelio soltó una risa socarrona.

—No tengo la menor duda de que ni se le habría ocurrido —contestó risueño, dicho lo cual giró sobre sus talones y enfiló la salida.

Cornelia volvió victoriosa al diván, recostándose con tu típica y sencilla elegancia. Sempronía, en cambio, se sentó con la mirada perdida. Había desaparecido repentinamente de su rostro todo signo de alegría. Algo rondaba en su cabecita, algo que esta vez sí merecía atención.

—¿Qué te ocurre? —preguntó Cornelia con devoción. Por mucho que la desesperase, quería a su hija con locura.

Sempronía dio un largo suspiro.

—Emiliano va a regresar como un gran triunfador, pero cuando lo haga..., cuando él regrese, tal vez me repudie..., no he podido darle hijos —gimió con súbita tristeza.

—No todavía.

—¡No, madre, no podré, lo sé! —replicó enrabiada—. La mujer que no da hijos es un fracaso, y más si es la esposa de un Escipión.

Cornelia, abandonando su sempiterna contención, se puso en pie y se sentó al lado de su hija, rodeándola con el brazo. Sempronía sonrió agradecida.

—Hija, él nunca te repudiará —dijo solemne pero cariñosa.

—¿Por qué? ¿Por qué no iba a hacerlo? Soy estéril...

—Mi pequeña —dijo Cornelia con dulzura, apretándola entre sus brazos y sintiendo que un agujón la atravesaba de lado a lado. Tal vez fuera demasiado dura con ella. Tal vez su hija nunca podría ser como ella.

—¿Por qué no me repudiará? —insistió Sempronía entre sollozos.

Cornelia se separó y la miró fijamente.

—Porque eres quien eres y él no es un Escipión de nacimiento, sino por adopción. Es en realidad un Emilio Paulo, una familia patricia y excelsa, sí, pero no tanto como la nuestra. Solo quiere ser uno de nosotros. Tú eres lo que él nunca será, la nieta de sangre de Escipión Africano. ¿Lo entiendes?

Sempronía esbozó una media sonrisa. Era la primera vez en su vida que las cansinas palabras de su madre sobre el prestigio y gran-

deza de la *gens* la aliviaban, y su madre, para bien o para mal, acostumbraba a tener razón.

—Madre —dijo reconfortada.

—Dime, Sempronía.

—Quiero ver la victoria en las calles —espetó despreocupada. Cornelia cerró de nuevo los ojos. ¿Es que su hija no iba a aprender nunca?

—Quiero bajar al foro —oyó que insistía.

—Ve de una vez antes de que me agotes —exhaló enfurruñada.

Sempronía dio un brinco y se disponía a salir disparada cuando, en el último instante, frenó en seco y se dio la vuelta.

—Madre.

—Dime —susurró Cornelia paciente.

—Seré quien debo ser —aseveró muy digna antes de echar a correr, orgullosa de su madre. No había mujer como ella. Y era su madre, la madre de los Gracos.